

denados donde sucumbía, la carne muerta y oliendo á cadáver antes de la agonía.

Todas las noches Enriqueta contestaba á las preguntas de Juan, con voz temblorosa, emocionada.

—¡Ah! ¡pobres muchachos, pobres muchachos!

Los detalles eran casi siempre iguales, los tormentos de aquel infierno eran siempre los mismos. Habían desarticulado un hombro, cortado un pie, pero no se sabía si la gangrena ó la infección purulenta perdonarían la víctima. A menudo decía que se había enterrado á alguno, á veces un francés, á veces un alemán. No pasaba día sin que un ataúd, construido de prisa con cuatro tablas, no saliese al anochecer acompañado por un enfermero y á veces por ella, para que no se enterrase á un hombre como á un perro. En el pequeño cementerio de Remilly se habían abierto dos zanjas y dormían todos muy cerca, los franceses á la derecha, los alemanes á la izquierda, reconciliados bajo tierra.

Sin haberlos visto Juan se interesaba por algunos heridos. Pedía noticias.

—¿Qué tal está hoy su «pobre muchacho»?

Era un soldado del 5.º de línea, un joven que no tenía veinte años y que había sentado plaza. Se quedó con el apodo de «pobre muchacho» porque siempre lo repetía hablando de sí mismo; y un día, al preguntarle el por qué de aquel apodo, contestó que su madre le llamaba siempre así. Pobre muchacho, en efecto, porque se moría de una pleuresía, originada por una herida en el costado izquierdo.

—Pobrecillo,—decía Enriqueta que le había tomado mucho cariño,—no va muy bien, ha tosido todo el día... Me parte el corazón.

—¿Y su oso, ese Gutmann?—decía Juan con una débil sonrisa. ¿Tiene alguna esperanza el doctor?

—Sí, tal vez se salve. Pero sufre mucho.

Aunque le tenían mucha lástima, no podían hablar de Gutmann sin cierta alegría. Cuando la joven entró en la ambulancia el primer día, reconoció en aquel soldado bávaro al hombre de barba y pelo rojos, con los grandes ojos azules, la nariz ancha y cuadrada, que la había sujetado en Bazeilles mientras fusilaban á su marido. El también la reconoció, pero no podía hablar; una bala que le penetró por la nuca le había arrancado la mitad de la lengua. Y después de retroceder horrorizada durante los días, se dejó atraer por las miradas de desesperación con que la seguía. ¿No era ya el monstruo, con el pelo tinto en sangre, los ojos rabiosos, que le traía tan triste recuerdo? Tenía que hacer un gran esfuerzo para ver ahora á aquel monstruo en ese sér desgraciado, sufriendo horrores. Su caso poco frecuente, esa brusca enfermedad, apiadaba á la ambulancia entera. No se tenía seguridad de que se llamase Gutmann, le designaban así porque era el único sonido que lograba emitir. De todo lo demás, se creía que era casado y que tenía hijos. Debía comprender algunas palabras del francés, pues contestaba á veces moviendo la cabeza. ¿Casado? ¡sí, sí! ¿con hijos? ¡sí, sí! El cariño con que miraba un día la harina, hizo creer que fuese molinero. Y nada más se sabía. ¿Dónde estaba el molino? ¿En qué lejana aldea de Baviera lloraban ahora la mujer y los niños? ¿Iba á morir, sin nombre, desconocido, dejando á los suyos aguardándole eternamente?

—Hoy,—decía una noche Enriqueta á Juan,—Gutmann me ha enviado besos... No puedo darle de beber, no puedo hacerle el menor favor, sin que se lleve mi mano á sus labios, como un hombre muy agradecido... No se sonría usted, es demasiado horrible verse así como enterrado antes de tiempo.

A fines de Octubre, Juan se encontraba mejor.

El doctor consintió en que se levantara, aunque no estaba del todo satisfecho, pero la herida pareció cicatrizarse rápidamente; se paseaba durante muchas horas por el cuarto, se sentaba delante de la ventana, entristecido por aquel cielo lleno de nubarrones. Después se aburrió, quiso hacer algo de provecho en la casería. Le preocupaba mucho la cuestión de dinero, pero no se atrevía á hablar de ello. Comprendía que en seis semanas se habrían gastado los doscientos francos. Para que el señor Fouchard no le pusiera mala cara, habría sido necesario que Enriqueta pagase. Esta idea le molestaba tanto, que sintió un gran placer cuando quedó convenido que se le haría pasar por un nuevo criado, encargado con Silvina de los cuidados del interior, mientras que Próspero se ocupaba de los de fuera casa.

A pesar de los malos tiempos que corrían, un criado más no estorbaba en casa del señor Fouchard, cuyos negocios prosperaban. Mientras el país entero agonizaba, había encontrado el medio de ensanchar su comercio de carnicero ambulante, y tenía que matar ahora tres ó cuatro veces más que antes. Se decía que desde el 31 de Agosto había hecho contratos magníficos con los prusianos; él, que el día 30 había defendido su casa contra los soldados del 7.º cuerpo con el fusil en la mano, negándose á venderles un pedazo de pan, diciéndoles que la casa estaba vacía, y al día siguiente se había hecho comerciante, traficaba en todo; al presentarse el primer soldado enemigo, había desenterrado de su cueva toda clase de provisiones y había sacado, no se sabía de dónde, verdaderos rebaños de ganado. Y desde aquel día era uno de los mayores abastecedores de carne de los ejércitos alemanes, haciéndose pagar su mercancía entre dos repartos. Los otros sufrían, efecto de las brutales exigencias de los vendedores y él no había entregado un saco de

harina, una barrica de vino, un cuarto de vaca, sin que le diesen el dinero contante y sonante. Se hablaba mucho de eso en Remilly y se afeaba la conducta de un hombre que había perdido á su hijo en la guerra y cuya tumba no visitaba, pues Silvina era la única que la cuidaba. Y á pesar de todo, le respetaban viéndole enriquecerse cuando los más listos perdían el pellejo. El, tranquilo, guasón á veces, oía y después contestaba:

—¡Patriota, patriota!.. lo soy más que todos vosotros!.. ¡Vaya un patriotismo el de dar de comer gratis á los prusianos! ¡Yo les hago pagar todo lo que les doy! ¡Ya veremos, ya veremos más tarde!

Al segundo día, Juan se quedó mucho tiempo de pie y los temores del doctor se realizaron; la herida se abrió de nuevo, una inflamación le hinchó la pierna y tuvo que meterse de nuevo en la cama. El doctor Dalichamp acabó por sospechar que existía alguna esquirra, que el esfuerzo hecho durante los dos días de ejercicio habría hecho soltar. La buscó y tuvo la suerte de extraerla. Pero no fué sin esfuerzos; se declaró una fiebre intensa y Juan quedó más débil que nunca. Enriqueta volvió á ocupar su puesto de enfermera en aquel cuarto que el invierno entristecía y helaba. Estaban en los primeros días de Noviembre y el viento del Este había llevado una borrasca de nieve, hacía mucho frío entre las cuatro paredes desnudas y como no había chimenea, se decidieron á poner una estufa que los distrajo en su soledad.

Los días transcurrían monótonos y aquella primera semana de la recaída fué para Juan y Enriqueta la más melancólica. ¿No acabarían los padecimientos? ¿Volvería á renacer el peligro sin que pudiesen esperar el fin de tantas miserias? Su pensamiento volaba siempre hacia Mauricio de quien no habían vuelto á tener noticias. Les decían que otros recibían cartas, billetes muy delgaditos llevados

por palomas mensajeras. Sin duda, algún alemán había matado en el camino la paloma que les llevaba la alegría. Todo parecía retroceder, apagarse y desaparecer en el precoz invierno. Las noticias de la guerra llegaban con mucho retraso, los pocos periódicos que les llevaba el doctor Dalichamp tenían la fecha de una semana. Y contribuía á aumentar su tristeza la ignorancia de los sucesos.

Una mañana llegó el doctor trastornado, temblándole las manos, sacó un periódico belga del bolsillo y lo echó sobre la cama, diciendo:

—¡Ah, amigos míos, Francia ha muerto! ¡Bazaine le ha hecho traición!

Juan, recostado sobre la almohada, medio dormido, se despertó.

—¿Qué habla usted de traición?

—Sí, ha entregado Metz y el ejército que le guardaba. Es otro Sedan que empieza y esta vez es lo último que nos queda de nuestra sangre.

Después cogió el periódico y leyó:

—Ciento cincuenta mil prisioneros, ciento cincuenta y tres águilas, quinientos cuarenta y un cañones de campaña, setenta y seis ametralladoras, ochocientos cañones de plaza, trescientos mil fusiles, dos mil carruajes y material para ochenta y cinco baterías...

Y continuó dando detalles: el mariscal Bazaine encerrado en Metz con el ejército, reducido á la impotencia, sin hacer un esfuerzo para romper el círculo de hierro que le encerraba, su trato seguido con el príncipe Federico Carlos, sus dudosas combinaciones políticas, su ambición de jugar un papel decisivo que no parecía haber determinado aún; después, toda la complicación de las negociaciones, el envío de emisarios sospechosos y embusteros á Bismarck, al rey Guillermo, á la emperatriz regente, quien finalmente debía rehusar tratar con el enemigo bajo las bases de la cesión de un trozo del

territorio, y la catástrofe inevitable, el destino acabando su obra, el hambre en Metz, la capitulación forzosa, los jefes y los soldados obligados á aceptar las duras condiciones de los vendedores. Francia no tenía ya un ejército.

—¡Demonio! —dijo Juan, que no comprendía todo lo que le habían leído, pero para quien, hasta entonces Bazaine había sido un gran capitán, el único salvador posible. ¿Entonces qué va á suceder? ¿Qué van á hacer en París?

El doctor empezó á leer entonces las noticias de París, que eran desastrosas. Hizo notar que el periódico tenía fecha de 5 de Noviembre. La capitulación de Metz había tenido efecto el 27 de Octubre y la noticia no se supo en París hasta el día 30. Después de las derrotas sufridas en Chevilly, en Bagneux, en la Malmaison, después del combate y la pérdida de Bourget, esa noticia cayó como un rayo en medio del pueblo desesperado, irritado por la debilidad, la impotencia del gobierno de la Defensa Nacional. Así es que al siguiente día, el 31 de Octubre, se había iniciado una insurrección, mientras un gentío inmenso se apiñaba en la plaza del Ayuntamiento y acababa por penetrar en las salas, haciendo prisioneros á los individuos del gobierno que la guardia nacional pudo libertar por la noche, con el temor de que triunfaran los revolucionarios que pedían se proclamara la Comuna. Y el periódico belga añadía reflexiones insultantes para el pueblo de París, á quien la guerra civil desgarraba en el momento en que el enemigo se presentaba á sus puertas. ¿No era aquello la descomposición final, el charco de lodo y de sangre donde iba á hundirse un mundo?

—¡Es verdad, —decía Juan, —estando enfrente de los prusianos no deben despedazarse los hermanos!

Enriqueta, que hasta entonces nada había dicho,

evitando hablar de cosas políticas, se acordó de su hermano.

—¡Dios mío, con tal que Mauricio, que tiene mala cabeza, no se meta en todos esos líos!

Hubo otro momento de silencio, hasta que el doctor, patriota ardiente, añadió:

—No importa, sino quedan más soldados, saldrán otros. Metz se ha entregado. París puede entregarse, pero Francia subsistirá... ¡Sí, como dicen nuestros aldeanos, el arca es buena y viviremos á pesar de todo!

Pero advertíase que se forjaba muchas ilusiones. Habló del nuevo ejército que se estaba formando en las orillas del Loire, y cuyos comienzos no habían sido muy felices; iban á aguerrirse y marcharían en socorro de París. Le entusiasmaban las declaraciones de Gambetta, que había salido en globo de París el 7 de Octubre, é instalado en Tours á los dos días, llamando á las armas á todos los ciudadanos, hablando un lenguaje tan enérgico y prudente á la vez, que el país entero se entregaba á aquella dictadura. Y se trataba de formar otro ejército en el Norte, otro en el Este, de hacer brotar soldados de tierra por la sola fuerza de la fe. Era el despertar de la provincia, la indomable voluntad de crear todo cuanto faltaba, para luchar hasta perder la última gota de sangre.

—¡Bah!—terminó diciendo el doctor, levantándose para irse, he desahuciado á muchos enfermos, que á los ocho días estaban en pie.

Juan se sonrió.

—Doctor, cúreme usted pronto para que pueda ir allá á ocupar mi puesto.

Cuando Enrique y Juan se quedaron solos, una tristeza infinita se apoderó de ambos. De nuevo hubo ráfagas de nieve y al día siguiente, al volver Enriqueta de la ambulancia, anunció que Gutmann había muerto. Ese frío intenso diezmaba á los heri-

dos. El desgraciado mudo, con la lengua arrancada, había agonizado durante dos días. En sus últimas horas se quedó á su cabecera, accediendo á las súplicas que le dirigía con los ojos. La hablaba con lágrimas en los ojos, la decía tal vez su verdadero nombre, el nombre de la lejana aldea, donde le aguardaban una mujer y unos niños. Y se fué, desconocido, enviándole con sus dedos un último beso, como para darla las gracias por sus cuidados. Ella sola le acompañó hasta el cementerio, donde la helada tierra, la ingrata tierra extranjera cayó sordamente sobre su ataúd de madera, con algunos copos de nieve.

Y de nuevo al día siguiente Enriqueta dijo:

—«Pobre muchacho» ha muerto.

Lloraba mucho, la muerte de éste la causaba mucho pesar.

—¡Si le hubiera usted oído en su delirio! Me llamaba: ¡Mamá, mamá! y me tendía los brazos tan tiernamente, que tuve que cogerle y sentarle sobre mis rodillas... Pobrecillo, el dolor le había hecho adelgazar tanto, que pesaba menos que un niño... Y le he mecido para que muriese contento, ¡sí! le he mecido yo, á quien él llamaba mamá y que no tengo más que unos cuantos años más que él. Lloraba, no podía menos de llorar también, y lloro aún...

Estaba sofocada, tuvo que dejar de hablar un rato.

Cuando murió, murmuró estas palabras: ¡Pobre muchacho, pobre muchacho!... ¡Y qué verdad es! Todos esos pobres muchachos, tan jóvenes, que esta guerra atroz deja inútiles primero y mata después.

Enriqueta volvía ahora todos los días trastornada con los dolores ajenos y por aquellas agonías. Hablando de esto, se pasaban las horas tristes en aquel cuarto tranquilo. Horas muy tranquilas, porque la amistad había echado raíces en sus corazones, que

habían aprendidido á conocerse. Juan, de espíritu reflexivo, se había realzado con aquella intimidación continua; y ella, viéndole tan razonable, no se acordaba de que era un sér humilde, que había labrado la tierra antes de coger el fusil. Se arreglaban muy bien, hacían un matrimonio como decía Silvina.

Ella continuaba cuidándole la pierna sin que nunca tuvieran que dejar de mirarse. Vestida de negro, con su traje de viuda, parecía que no era ya mujer.

Juan, en las largas tardes, cuando se encontraba solo, pensaba mucho en ella. Sentía un agradecimiento infinito, un gran respeto, que le hubiera hecho alejar en seguida cualquier pensamiento amoroso. Y, sin embargo, se decía, que si hubiese tenido una mujer así, tan tierna, tan cariñosa, tan activa, la vida hubiera sido un verdadero paraíso.

Su desgracia, los malos años que había pasado en Rognes, el desastre de su matrimonio, la muerte violenta de su mujer, todo aquel pasado volvía á entristecerle y surgía una vaga esperanza, á penas formulada, de probar aún la felicidad. Cerraba los ojos, se adormecía, y entonces se veía confusamente en Remilly, casado de nuevo, propietario de un campo que daba bastante producto para mantener á un matrimonio sin ambición. Era eso tan vago, tan ligero, que no podía ser, y no sería nunca. No se creía capaz de abrigar otro sentimiento que no fuera de amistad y no quería así á Enriqueta, más que porque era hermana de Mauricio. Después, ese sueño indeterminado de matrimonio, había acabado por ser un consuelo, una de esas ilusiones que se acarician en las horas tristes, aunque se sabe que son irrealizables.

Enriqueta, nada sospechaba, nada sentía. Al día siguiente del drama atroz de Bazeilles, su corazón había quedado destrozado, y si recibía algún consuelo era á pesar suyo, un cariño que se filtraba si

lenciosamente, que servía de bálsamo á su corazón; ese cariño recorría su camino como el grano que germina sin que se revele el trabajo escondido á las miradas. Ignoraba hasta el placer que había acabada por sentir, quedándose horas y horas cerca de Juan, leyéndole los periódicos, que sólo les llevaban noticias tristes. Nunca su mano al encontrar la suya, había sentido temblor, nunca la idea del mañana la había dejando pensativa, con el deseo de ser amada y, sin embargo, no olvidaba sus penas, no se consolaba más que en aquel cuarto. Cuando se encontraba allí, ocupada, su corazón se calmaba, le parecía que su hermana iba á regresar y que todo quedaría bien arreglado, que todos serían felices, no separándose más. Y hablaba de ello sin escrúpulo alguno, tan natural la parecía todo, sin que se le ocurriese interrogarse más, tan casto era su corazón.

Pero una tarde, al marcharse á la ambulancia, se quedó aterrada al ver en la cocina á un capitán y dos oficiales prusianos, y entonces comprendió el gran afecto que Juan la inspiraba. Aquellos hombres debían haber averiguado que se encontraba un herido en la casa é iban á reclamarlo. Era el cautiverio en Alemania, en alguna plaza fuerte. Escuchó temblorosa, latiéndole con violencia el corazón.

El capitán, un hombre que hablaba muy bien el francés, regañaba con violencia al señor Fouchard.

—¡Esto no puede durar así, se está usted burlando de nosotros!. He venido yo mismo para prevenirle que si se reproduce, la responsabilidad es para usted, y sabré tomar mis medidas!

Muy tranquilo, el viejo hacía como que no sabía de lo que se trataba.

—Pero ¿qué dice usted, caballero?

—No se haga usted el tonto, demasiado sabe us-

ted que las tres vacas que vendió usted el domingo estaban podridas. . Completamente podridas, enfermas, porque han envenado á mis soldados, y á estas horas deben haber muerto dos.

El señor Fouchard hizo como que se indignaba.

—¡Mis vacas podridas! una carne tan buena, una carne que puede darse á una recién parida, para que tome fuerzas!

Empezó á darse golpes de pecho, diciendo que era un hombre honrado, que prefería cortarse una mano á vender carne mala. Le conocían en el país, donde llevaba vendiendo carne treinta años y nadie se quejaba ni del peso ni de la calidad.

—Estaban muy sanas, y si los soldados han tenido cólicos, es tal vez porque han comido demasiado, ó porque alguien habrá echado alguna droga en la comida...

Atolondraba al capitán con palabras, con hipótesis tan estupendas, que éste, encolerizado, le hizo callar.

—¡No hable usted más! ¡Ya está usted prevenido!... Además, sospechamos que en este pueblo acogen ustedes á los voluntarios de los bosques de Dieulet, que nos han matado un centinela anteaer... ¡Tengan ustedes mucho cuidado!

Cuando se marcharon los prusianos, el señor Fouchard añadió con tono desdenoso: —¡Carne podrida! Pues ya lo creo que les doy, como que no les doy otra cosa. Todos los animales que le llevaban los aldeanos, que morían de enfermedad, y lo que él recogía en las zanjas, era demasiado bueno para esos canallas.

Guiñó el ojo, y añadió volviéndose hacia Enriqueta:

—¡Oye muchacha, cuando me acuerdo que andan diciendo por ahí que no soy buen patriota!... Esos que hablan, que hagan como yo, que les den carne y cobren los cuartos... ¡Que no soy patriota! ¡Pero,

demonio, si he matado más alemanes con mis vacas enfermas, que ellos con sus fusiles!

Cuando Juan supo lo que pasaba, empezó á estar intranquilo. Si las autoridades alemanas sospechaban que los vecinos de Remilly albergaban á los voluntarios de los bosques de Dieulet, podían registrar las casas de un momento á otro, y descubrirle. Y la idea de que podía comprometer á sus amigos y causar algún disgusto á Enriqueta, le molestaba mucho. Ella le suplicó, le obligó á que se quedara unos días más, porque la herida se cicatrizaba lentamente y no tenía aún fuerzas bastantes para entrar en algunos de los regimientos del Norte ó del Loire.

Y fueron entonces, hasta mediados de Diciembre, los días más tristes. El frío era tan intenso que la estufa no calentaba la habitación. Cuando miraban por la ventana la campiña cubierta de nieve, se acordaban de Mauricio, encerrado allá en aquel París helado, y de quien no recibían noticias. Siempre volvían las mismas preguntas: ¿qué hacía, por qué no daba señales de vida? No se atrevían á comunicarse sus temores de que estuviese enfermo, herido, muerto acaso. Las pocas noticias que les llegaban por los periódicos, no los tranquilizaban mucho. Después de unas cuantas salidas felices, dementidas siempre, había circulado la noticia de que el general Ducrot había ganado una gran batalla el 2 de Diciembre en Champigny, pero supieron después que se había visto obligado á abandonar sus posiciones y á pasar el Marne. A cada hora se estrechaba el cerco de París, el hambre empezaba á hacer estragos en la capital, se habían embargado las patatas, después de haber recogido todo el ganado, se negaba el gas á los particulares, y después las calles se quedaron á oscuras. Y los dos no se calentaban, no comían sin que la imagen de Mauricio y de aquellos dos millones de seres ence-

rrados en aquella tumba gigantesca, se presentase á su imaginación.

De todas partes, del Norte como del centro, las noticias eran malas, la situación se agravaba. En el Norte, el 22 cuerpo de ejército, formado por guardias móviles, por compañías de depósito, por soldados y oficiales escapados de Sedan y de Metz, habían tenido que abandonar Amiens, para retirarse sobre Arras; y á su vez, Rouen había caído en poder de los enemigos, sin que aquel puñado de hombres, desbandados, desmoralizados, lo hubiesen defendido seriamente. En el centro, la victoria de Coulmiers, ganada el 3 de Noviembre por el ejército del Loire, había hecho concebir algunas esperanzas. Orleans había vuelto á poder de los franceses, los bávaros huyendo, la marcha sobre Etampes, el levantamiento del sitio de París, muy próximo. Pero el 5 de Diciembre el príncipe Federico Carlos ocupaba de nuevo Orleans, cortaba en dos el ejército del Loire del que tres cuerpos se replegaron sobre Vierzon y Bourges, mientras que los otros dos, á las órdenes del general Chanzy, retrocedían hasta el Mans en una retirada heroica; toda una semana de marchas, contramarchas y de combates. Los prusianos estaban en todas partes, en Dijon como en Dieppe, en el Mans como en Vierzon. Además, cada día llegaba la noticia de la capitulación de una plaza fuerte. El 28 de Septiembre había sucumbido Strasburgo, después de cuarenta y seis días de sitio y treinta y siete de bombardeo, con los muros destrozados, los monumentos acribillados por cerca de doscientos mil proyectiles. La ciudadela de Laon había volado, Toul se había rendido; y después asombraba el sombrío desfile: Soissons, con sus ciento veintiocho cañones, Verdun que tenía ciento treinta y seis. Neufbrisac cien, La Fere setenta, Montmedy sesenta y cinco, Thionville estaba ardiendo, Shalsbourg no abría sus puer-

tas hasta después de doce semanas de furiosa resistencia. Parecía que Francia entera se hundía y ardía en medio del rabioso cañoneo.

Una mañana en que Juan quiso marcharse, Henriqueta le cogió las dos manos y le detuvo, desesperada:

—¡No, no, no me deje usted sola, se lo suplico... Está usted demasiado débil, aguarde usted unos días, unos días nada más... Le prometo á usted dejarle ir cuando el doctor me diga que está usted bastante fuerte.

V

En aquella fría noche de Diciembre, Silvina y Próspero se encontraban solos, con Charlot, en la gran cocina de la casa; ella cosiendo, él haciéndose un látigo. Eran las siete, habían cenado á las seis sin aguardar al señor Fouchard, que debía haberse retrasado en Raucour, donde faltaba la carne; y Henriqueta, que tenía que velar aquella noche en la ambulancia, había salido, recomendando á Silvina que se acostara sin echar carbón en la estufa de Juan.

Fuera, el cielo era muy negro sobre la blanca nieve. No se oía ningún rumor, solo se oía en la cocina el ruido que producía el cuchillo de Próspero, que hacía una fina labor en el mango del látigo. A ratos se paraba y miraba á Charlot, cuya gruesa cabeza rubia vacilaba, efecto del sueño. El niño acabó por dormirse y pareció que aumentaba el silencio. Suavemente la madre separó la vela para que el pequeñuelo no recibiera la luz en los párpados, y después, cosiendo siempre, empezó su imaginación á volar por el mundo de los recuerdos.

Y fué entonces, cuando después de unos momentos de duda, Próspero se decidió á hablar.